

## Los efectos “morales” de la guerra de 1898 y sus inercias en la Campaña de Melilla de 1909

**Daniel Macías Fernández**

“The Spanish Army had been profoundly humiliated and discouraged by the events of the Cuba war of independence and had not yet entirely recovered its former spirit.”<sup>1</sup>

La Campaña de Melilla de 1909 fue la primera guerra a la que España tuvo que hacer frente tras el *Desastre* de 1898 y la primera contienda del siglo XX en la que se vio inmersa. Su importancia fue vital por considerarla el punto de inicio de las Campañas de Marruecos (1909-1927) y el arranque del nuevo colonialismo español en el Norte de África, escenario en el que se conformaría una identidad militar crucial para la historia de España: el *africanismo*. A su vez, fue el fenómeno bélico que hizo estallar las tensiones sociales que venían madurándose desde la guerra ultramarina por la naturaleza de aquel conflicto y las condiciones en las que se habían visto obligados a combatir los soldados españoles.

Para entender la Campaña de 1909 y la “filosofía” con la que se enfrentaron a la misma los militares y la sociedad del momento es necesario acudir a los sucesos de la guerra de 1898; la cercanía cronológica es evidente aunque los siglos fuesen distintos. Lo que se pretende poner de manifiesto es el impacto que tuvo la guerra finisecular en el estado material y psicológico del ejército que habría de enfrentarse a las cabilas rifeñas y la percepción que de las mismas y sus formas de guerra se tenía. Los efectos de la derrota colonial ultramarina tendrían una enorme influencia en la forma de acometer la “tarea marroquí” y en el tipo de evolución del imaginario colectivo de quienes allí lucharon.

---

<sup>1</sup> PRO FO 185/108, Allendesalazar to Bunsen, 31 de julio de 1909. Reproducido en LA PORTE, P.: “Civil-Military Relations in the Spanish Protectorate in Morocco: The Road to the Spanish Civil War, 1912-1936”, en *Armed Forces & Society*, 30, 2 (2004), p.211.

Lo primero que hay que poner de manifiesto es que el ejército terrestre español en Cuba y Filipinas no fue vencido, sino que se rindió por órdenes políticas y hubo cierta resistencia a las mismas. El sistema de la Restauración no se veía capaz de soportar una derrota fulminante por parte de los estadounidenses y de los independentistas tagalos y prefirió no arriesgar todos sus recursos en la misma. El miedo a una potencial reacción de carlistas o republicanos y la posibilidad de que los Estados Unidos se hiciesen con otras posesiones insulares españolas, como se temía que pasara con las Canarias, hizo que se considerase la rendición de un ejército de tierra no batido, con el consiguiente descontento de los militares implicados. Éstos entenderían que habían sido “vendidos” por intereses políticos y, lo que sería peor, que se habría traicionado a la patria al permitir la mutilación de la misma sin pelear hasta la última gota de sangre (Cuba era considerada como una parte incontestable de España y la guerra que allí se dio desde 1895 hasta 1898 se entendió como civil). A mediados del año del *Desastre*, un periódico político-militar, *La Correspondencia Militar*, servía de voz del colectivo castrense y plasmaba a la perfección su posición respecto a la guerra y la posible paz:

“El Ejército no puede pasar por humillaciones vergonzosas; el Ejército no puede tolerar que politiquillos cobardes, mercachifles adinerados y tontos, sin conciencia de sus actos, le deshonren pidiendo la paz; por eso, solicitar hoy ésta, lo juzgamos como un crimen de lesa patria, e indicamos el procedimiento que debe seguirse para los que pretenden, con una traición, hundir en el fango despreciable de la cobardía el buen nombre de España.”<sup>2</sup>

La guerra de Cuba se ha tendido a ver como un paseo militar norteamericano que se enfrentaría a un ejército español totalmente inútil para la guerra. Parte de esta percepción es cierta, al menos en cuanto a la marina se refiere, puesto que las batallas de Cavite y de Santiago de Cuba tuvieron un saldo militar evidente por sí mismo, pero, hasta en este caso, todo se podría matizar: los barcos españoles se enfrentaron a los

---

<sup>2</sup> PORTERO, F.: “El conservadurismo español ante la crisis de fin de siglo”, en TUSELL, J. y PORTERO, F.: *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Madrid, 1998, Biblioteca Nueva, p. 364.

norteamericanos con serias deficiencias logísticas y de aprovisionamiento, además de tener que actuar militarmente de acuerdo a instrucciones “políticas” fijadas desde la metrópoli, no siendo siempre las más adecuadas a la situación. Aún así, en enfrentamientos navales menores hubo una serie de éxitos de los guardacostas españoles frente a barcos norteamericanos comparativamente superiores<sup>3</sup>.

En el caso del ejército de tierra, a pesar de las graves deficiencias de entrenamiento, del analfabetismo generalizado de los reclutas que allí servían, de la juventud de gran parte de los cuadros de mando (falta de voluntarios hizo que se enviase a cadetes recién ascendidos a tenientes segundos), de lo limitado y obsoleto del material con el que combatían y de las carencias sanitarias y logísticas; en los enfrentamientos con las tropas norteamericanas no fue vencido de forma contundente, sino que se mantuvo el orden y la integridad general de las fuerzas terrestres españolas en Cuba.

Aunque las enfermedades hacían mella en las tropas peninsulares y siempre se ha tendido a ver en ello un signo evidente de la debilidad española -los muertos por enfermedad serían 25 veces superiores a los caídos en combate-; lo cierto es que hasta la I Guerra Mundial la mayor parte de los conflictos se saldaban con un mayor porcentaje de bajas por enfermedad que por disparo. Hasta una potencia imperial indiscutible como la Gran Bretaña de finales del XIX y principios del XX presentó un mayor porcentaje de bajas por enfermedad que por herida de fuego en la última guerra bóer (1899-1902)<sup>4</sup>.

En el escenario cubano, las tropas norteamericanas que luchaban contra los españoles padecían sus mismos problemas sanitarios, provocados por el clima y la orografía isleña y agravados por algunas evidentes carencias logísticas y de previsión militar. A pesar del potencial estadounidense, su población (más de 70 millones de habitantes) y la cercanía con respecto del teatro de operaciones, no se encontrarían ante un paseo militar. Hay que tener en cuenta, además, que las tropas españolas, a pesar de todas sus deficiencias, llevaban luchando en la isla desde 1895, lo que les proporcionaba unas cotas de conocimiento bélico aplicado que limitarían la superioridad en potencia de

---

<sup>3</sup> SOLAR, D.: “Una guerra por encima de las posibilidades españolas”, en *Historia y Comunicación Social*, 1998, Nº 3, pp. 239-259.

<sup>4</sup> Datos extraídos de CARDONA, G.: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI, Madrid, 1983, p. 118, para el caso concreto de la guerra colonial española y de KEEGAN, J.: *Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 430 para la comparación con el contexto internacional.

fuego o equipamiento de los norteamericanos. En una conferencia en el *Army Service School* al poco de finalizar la guerra, el Mayor Forney Steele comentaría:

“Cuando el Ejército español se rindió al general Schafter, el clima tropical y las penalidades de la campaña habían minado mucho la salud de las tropas americanas. Más de la mitad de sus hombres estaban atacados por las fiebres o convalecientes de ellas: La disentería y las tifoideas predominaban y había casos de fiebre amarilla en todos los regimientos. Al comenzar agosto, la situación se hizo tan alarmante, que obligó a que Schafter telegrafíase el día 3 al secretario de la guerra manifestándole, que si las fuerzas no se trasportaban inmediatamente a los Estados Unidos, la proporción de la mortalidad alcanzaría un máximum aterrador.”<sup>5</sup>

Las evidentes dificultades bélicas estadounidenses y la integridad de buena parte del ejército de tierra español, que aunque aislado en el teatro de operaciones por la pérdida de la flota en los inicios de la guerra tenía considerables capacidades militares, fueron los factores que esgrimieron los detractores de la rendición o, al menos, de la rendición precipitada o deshonrosa. El General Blanco diría al Ministro de la Guerra, el General Correa, el 9 de julio de 1898:

“El Ejército, dispuesto siempre a sacrificarse por la Patria, esta intacto hasta ahora y conserva todo su espíritu (...)..., en general, quiere la guerra por el honor de las armas y el suyo propio, y le será muy doloroso abandonar sin disputarle al enemigo, una tierra que viene conservando hace tantos años a costa de su sangre; lo mismo pienso y he pensado yo siempre”<sup>6</sup>

Esta última cita evidencia un elemento fundamental en el pensamiento militar español del momento: el *honor militar*. La especificidad de este tipo de honor frente a

---

<sup>5</sup> GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2003, p. 294.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 295-296.

un honor general o civil se debía a que en el momento del estudio se entendía que no era lo mismo la condición castrense que la civil; o como decía un texto de 1880 de ilustrativo título, *Conducta moral y militar*:

“[...] el honor en los militares implica más deberes hacia la patria y hacia sí mismos que en los demás ciudadanos”<sup>7</sup>

Este sentimiento del honor estaba relacionado con la propia institución castrense y el peso que ejerce sobre el individuo; es decir, la honra particular de cada individuo era importante pero mucho menos destacada que el honor que hacía refería a la colectividad. El ejército como institución tendería a minimizar las individualidades para poder insertar mejor las partes en un todo perfectamente engranado y en las cuestiones de honor pasaba algo parecido. Ahondando un poco más en la explicación, el *honor militar* de un ejército nacional sería el resultado de medir todos los acontecimientos protagonizados por dicha totalidad o segmento militar en el pasado, narración que construiría una “mitología corporativa”, para valorar su saldo honorífico en el presente y así obligar a los miembros actuales a mantener el honor heredado o, en su caso, restablecerlo o aumentarlo<sup>8</sup>. Fue por esta concepción de deber militar para con los antepasados -la sangre derramada- y para con la patria por la que Blanco y otros militares reaccionaron contra lo que consideraban una rendición deshonrosa. Ello haría que quedase marcado en el recuerdo del ejército español tal afrenta y quienes eran los causantes de la misma. Otra vez insistiría, el 14 de julio de 1898, el General Blanco acerca del estado de ánimo de los militares en las colonias:

“La opinión dominante en este Ejército, de la cual participamos sus Generales, está por la continuación de la guerra, considerando que el honor de las armas exige aún más sacrificio;...”<sup>9</sup>

<sup>7</sup> PONCE ALBERCA, J. y LAGARES GARCÍA, D.: *Honor de Oficiales*, p. 34.

<sup>8</sup> Para un conocimiento más profundo del significado del honor militar y sus diferencias con el civil, es imprescindible la lectura de PONCE ALBERCA, J. y LAGARES GARCÍA, D.: *Honor de Oficiales*, cuyo prólogo, realizado por Gabriel Cardona, ya da algunas de las claves.

<sup>9</sup> Reproducido en GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: *La configuración de la mentalidad militar...*, p. 296.

Era una postura generalizada entre los militares españoles del momento. En un acto tan significativo como el del arriado de la bandera del Castillo del Morro en La Habana, el 1 de enero y con motivo de la rendición española, los artilleros presentes se negaron a disparar las diecisiete salvas de ordenanza (señal de respeto a la enseña nacional) y la revista *Memorial de Artillería*, publicación de carácter muy técnica, lo justificaría de la siguiente forma<sup>10</sup>:

“Quien abrigue en su pecho un espíritu verdaderamente artillero, aplaudirá sin reserva la conducta de aquellos oficiales, al excusarse a contribuir de ningún modo a acto tan humillante, como el de solemnizar el momento de arriar una bandera vencida sin combate, y que con tanto tesón, con tanto valor, con tanto heroísmo, y, entiéndase bien, con tanto desinterés, defendieron siempre los oficiales de Artillería y las tropas a sus órdenes.”<sup>11</sup>

Con posterioridad a los acontecimientos de Cuba y Filipinas fueron muchos los militares que se pronunciaron en contra de la actitud de los políticos y de la opinión pública, no entendiendo las críticas procedentes de los mismos cuando había sido su sangre la derramada en una guerra desigual contra un enemigo superior. El General Mola expresaría la situación a la perfección:

“rebaños de hombres sin el menor ideal, sin la más mínima cohesión, sin armamento y sin equipos adecuados (...) Pero lo peor fue que, cuando el agotamiento de los ejércitos de Cuba y Filipinas llegó a su límite, se les

<sup>10</sup> Hay que destacar que el Cuerpo de Artillería era, probablemente, la agrupación más técnica de todo el ejército español y la que más interesaba estaba en cuestiones científicas, desechando las formas militares tradicionales ligadas con el “modelo heroico” de caballero decimonónico. Siguiendo el esquema de Huntington, la mayor profesionalidad castrense haría que se fuese menos tendente a la intervención política, en la intensidad que fuese, por lo que entendemos que la opinión de los artilleros era significativa de un estado de ánimo generalizado que afectaría hasta a los más reacios a la intervención en asuntos no militares: “Un cuerpo de oficiales solo es profesional en la medida en que su lealtad se debe al ideal militar (...) En las fuerzas militares solo la lealtad al ideal de competencia profesional es constante y unificador”. (HUNTINGTON, S. P.: “La mentalidad militar: el realismo conservador de la ética de los militares profesionales”, en *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations*, Cambridge, Mass, The Belknap Press of Harvard University Press, 1957, traducido en BAÑÓN, R. y OLMEDA, J. A.: *La institución militar en el Estado contemporánea*, Alianza, Madrid, 1985, pp. 185-207)

<sup>11</sup> Artículo publicado en 1899 y reproducido en GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: *La configuración de la mentalidad militar...*, p. 297.

hizo enfrentar con la nación más poderosa del mundo (...) Sucedió lo que tenía que suceder (...) los políticos, ante el temor de que la opinión pública, saliéndose de su habitual inconsciencia, cayese en la cuenta de que eran ellos, ¡únicamente ellos!, los culpables, se apresuraron a señalar dos reos: el Ejército y la Marina vencidos.”<sup>12</sup>

El rencor que conservarían los militares al considerar que les habían abandonado y usado como “cabezas de turco” ante el “pueblo español”, les haría acrecentar su *esprit de corps* hasta cotas más que considerables<sup>13</sup>. De nuevo se recurre al General Blanco quien diría, con posterioridad a los acontecimientos finiseculares:

“Solamente me arrepiento de no haber sublevado al Ejército antes de rendirme. Yo, creo que no he cometido jamás un acto de indisciplina, me arrepiento de no haber realizado esa sublevación, poniéndome a la cabeza de aquel ejército y enfrente del gobierno.”<sup>14</sup>

Con un ejército deshecho material y espiritualmente -había perdido en Cuba y Filipinas importantísimos pertrechos bélicos-, con una marina de guerra sin apenas barcos, sin el suficiente potencial económico y sin el interés político para rehacer el poderío castrense, lastrado por la hipertrofia de oficiales, el escaso número de soldados, con un antimilitarismo visceral del pueblo hacia la institución armada consecuencia de las “imágenes” de la guerra de Cuba y del sistema de reclutamiento que reproducía las

<sup>12</sup> MOLA VIDAL, E.: *El pasado, Azaña y el porvenir, las tragedias de nuestras instituciones militares*, en *Obras completas*, Santander, Aldus, 1940, pp. 934-935.

<sup>13</sup> El episodio cubano y su poso en la conciencia militar española se evidenciaría en la unión que se dio entre ese acontecimiento con los sucedidos en las Campañas de Marruecos, destacando lo sucedido en Annual y las responsabilidades que exigían a los militares. El General Jorge Vigón lo expresaría a la perfección: “El acoso por la vía de las “responsabilidades” se ha intentado entre nosotros cada vez que se deparó la ocasión. No era mala la de nuestra desdichada tragedia antillana, y soportó el Ejército español pacientemente las injustas acometidas, (...). Cuando se pretendió repetir el ataque aprovechando las desventuras, en Marruecos, de una acción militar radicalmente mal planteada por la insuficiencia de nuestros gobernantes, ya pareció licencia excesiva. La consecuencia fue la decisión del general Primo de Rivera”, en VIGÓN, J.: *Teoría del Militarismo*, Madrid, Rialp, 1955, pp. 23-24.

<sup>14</sup> Reproducido en PORTERO, F.: “El conservadurismo español ante la crisis de fin de siglo”, en TUSELL, J. y PORTERO, F.: *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Madrid, 1998, Biblioteca Nueva, p. 370.

injusticias sociales<sup>15</sup>, y la “mentalidad de cerco” que tenían los oficiales y jefes militares españoles, fue como se llegó al comienzo de la intervención colonial en el Norte de Marruecos, que se entendería por amplios sectores castrenses como la forma de recuperar el honor y el vigor perdido en 1898<sup>16</sup>:

“al perder casi totalmente los mercados de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, obligaba á volver la vista hacia las abandonadas posesiones del Norte de África, intentando encontrar en este continente compensación, aunque fuere en parte pequeña.”<sup>17</sup>

Las tropas que iban a combatir en la Campaña de Melilla de 1909 estaban dotadas de materiales excedentes de la guerra de Cuba, muchos de los cuales eran obsoletos, y vestían el atuendo característico de la misma, el uniforme de “rallito” que en nada estaba adaptado a las características físicas del Norte de África<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> Para entender el significado que la derrota de 1898 tuvo en las clases populares, muy vinculado con la repatriación de los soldados y su estado ver: CERVERA PERY, J. R.: “Sociología de la repatriación”, en *Militaria. Revista de Cultura Militar*, 1999, Nº 13, pp. 47-57 y NUÑEZ FLORENCIO, R.: *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, Madrid, CSIC, 1990.

<sup>16</sup> El general Franco, en el número inaugural de la *Revista de Tropas Coloniales* diría: “La campaña de Marruecos vino a despertarnos del letargo militar, siendo piedra de toque en que se contrastó nuestra eficiencia y campo de experimentación de nuestro Ejército en la última década”. Reproducido en MOGA ROMERO, V.: “La “cruzada del moro”: a contraimagen”, en GONZÁLEZ ALCANTUD: *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos Editorial, 2003, p. 162. El general Alfredo Kindelán, veterano del Norte de África, sería aún más claro respecto a lo que significaron las Campañas de Marruecos para el honor herido en Ultramar: “...el Ejército español murió de modo cruento y glorioso en el Caney en 1898 y resucitó con igual creencia, aunque con menos gloria, en el barranco de Lobo en 1909... Va recobrando en la lucha su fe y la conciencia de su misión, al par que en él despiertan magníficas cualidades adormecidas”. Reproducido en BALFOUR, S.: “España y las grandes potencias y los efectos del desastre de 1898”, en BALFOUR, S. y PRESTON, P.: *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 15.

<sup>17</sup> GALLEGO RAMOS, E.: *La Campaña del Rif de 1909*, Málaga, Algazara, 2005, p. 28.

<sup>18</sup> Hay que destacar la carencia de uniformes y calzados adecuados para la guerra en un teatro de operaciones caracterizado por la aridez, orografía complicada y los fuertes cambios de temperatura. Sobre la deficiente protección de los soldados ante el frío, recurriendo una información de los años 20 cuando ya había habido una cierta mejora del material de las tropas del Protectorado: “He sido soldado y he dormido con una manta que tenía más años de servicio que el general Sanjurjo” (BAREA, A.: *La Ruta*, Barcelona, Mondadori, 2006, p. 71). Otra de las más graves deficiencias fue la escasa presencia de artillería y su desfase técnico (algunas piezas de bronce), no adaptadas a los condicionamientos de aquellas campañas; según Franco las de pequeño calibre eran las más adecuadas para la guerra rifeña (ver FRANCO BAHAMONDE, F.: *Papeles de la guerra de Marruecos*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1986, pp. 32-34, 47-50, 198). La naturaleza de los víveres ilustra el estado general y la procedencia de algunos de los pertrechos bélicos usados en Marruecos: “Galletas a cada comida. Galletas de la guerra de Cuba. Tan duras que las teníamos que partir con el machete sobre una piedra, o empaparlas en agua para comerlas. Todavía [1920] hay algunas, pero ya no se atreven a darlas, porque están llenas de gusanos.” (BAREA, A.: *La Ruta*, p. 84)

El armamento y la intendencia tenían fallos pero lo que tuvo una influencia definitiva en el comienzo de las campañas marroquíes fue la mentalidad con la que se iba a acometer dicha tarea militar. La justificación de la misma ya es ilustrativa: España se disponía a castigar a las cabilas cercanas a Melilla por la ofensa que para el honor nacional habría representado un ataque de irregulares rifeños a unos obreros españoles; el resarcimiento honorífico se lo auto-atribuirían los sectores castrenses por considerarse los garantes de la defensa de la Patria y de su buen nombre, su prestigio como país “civilizado”:

“En lo ocurrido en Melilla no hay todavía más que una sospecha, un presentimiento de que tal vez haya necesidad de pasar a operaciones en mayor escala; pero no como guerra de conquista, sino para hacer respetar nuestra influencia, no solo para nuestro provecho sino en el de la civilización en general.”<sup>19</sup>

Correspondiéndose con esta visión de su “misión” ejercerían un tipo de guerra basada en lo honorífico y caballeresco que entraría en *shock* en los primeros choques con los cabileños, quienes ejercían un tipo de guerra de guerrillas en la que el enfrentamiento militar directo no era una opción, a menos que la superioridad numérica fuese aplastante<sup>20</sup>. La naturaleza y la concepción de la guerra no dejaba de ser un hecho cultural y los ejércitos occidentales de comienzos del siglo XX todavía operarían con criterios filo-románticos de combate que ejercieron una influencia duradera en la “era

---

<sup>19</sup> El *Diario de la Marina*, el 19 de julio de 1909, “Por instinto de la vida”; reproducido en SCHULZE SCHNEIDER, I.: *La prensa político-militar en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2003, pp. 85-86.

<sup>20</sup> Aunque es muy complicado establecer una diferenciación basada en la “naturaleza psicológica” de las guerras, entendemos que el fin del sentimiento “romántico” ante las deflagraciones bélicas se situaría en la I Guerra Mundial debido a la “masificación” y “mecanización” de la contienda. Es decir, con el fin de las cargas de caballería como consecuencia de la alambreada y los nidos de ametralladoras (ver CARDONA, GABRIEL: *Historia del Ejército. El peso de un grupo social diferente*, Humanitas, Barcelona, 1983, pp. 127-130). En el caso de las Campañas de Marruecos (1909-1927) y siguiendo las narraciones del general Francisco Franco, del general José Millán Astray y el comandante José Valdés, se puede afirmar la presencia de una concepción de lo bélico que integra ciertas ideas románticas en torno al concepto de guerra y sus actividades en la misma (BALFOUR, S.: *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*, Barcelona, Península, 2002, p. 54). Ver FRANCO BAHAMONDE, F.: *Marruecos. Diario de una Bandera*, y *Papeles de la guerra de Marruecos*; MILLÁN ASTRAY, J.: *La Legión*, Madrid, Editorial Palomeque, 1922; y VALDÉS CAVANNA, J. M.: *Comandante Valdés. Memorias de África*, Madrid, De librum tremens, 2007, anexo con el diario.

del imperialismo” y que colisionarían con criterios de guerra no occidentales como los que se vivían en el escenario colonial marroquí<sup>21</sup>. La supuesta inferioridad racial de los colonizados se justificaría, también, por sus formas de guerra<sup>22</sup>.

En cuanto a la idea de guerra en el ejército español, ésta estaba dominada por la concepción de virilidad y valentía como caracteres de los grandes soldados; es decir, se tenía una clara preferencia por un perfil militar basado en un “modelo heroico” frente a un “modelo técnico-administrativo”, entendiendo dentro de éste cuestiones tales como la planificación detallada de las operaciones, el gusto por la estrategia, la intendencia y la logística<sup>23</sup>. Por tanto, las deficiencias en materias de logística militar eran considerables, sumándoseles el deficiente equipamiento del ejército español, su mínima modernización y el permanente “dejar hacer” de los políticos en los asuntos castrenses mientras los gastos de defensa no fuesen excesivos y se erigieran como garantes del orden social. Habría ciertos intereses en torno a la función de fuerza policial interior más que cuerpo militar con capacidades de proyección exterior. Ante este panorama se entiende la presencia masiva de la Infantería en el teatro de operaciones marroquí -era el elemento militar de más fácil movilización y de menor coste material y de

---

<sup>21</sup> Siguiendo a Eric Hobsbawm consideramos la “era del imperialismo” como el periodo transcurrido entre 1875 y 1914.

<sup>22</sup> Un ejemplo de estas reminiscencias de guerra romántica todavía se pueden ver en periodos tan avanzados como la década de los 20, cuando un joven Francisco Franco calificará una carga de “caballería mora” como “grandioso espectáculo”. La no participación del ejército español en la Gran Guerra, acontecimiento bélico que acabó con todo romanticismo en el campo de batalla por la introducción de las formas masivas-mecanizadas de muerte, antes mencionadas, alargó la influencia de algunas concepciones caballerescas en las tropas españolas. Ver FRANCO, F.: *Marruecos. Diario de una Bandera*, p. 69.

<sup>23</sup> Este tipo de conceptos referentes a los modelos inmateriales de lo militar se encuentran en ALONSO BAQUER, M.: “La selección de la élite militar española”, en *Historia social de las Fuerzas Armadas españolas. La Restauración. Tomo V*, Madrid, Alhambra, 1986, pp. 29-80. En cuando al predominio de los atributos del “modelo heroico” en el ejército español finisecular y en las Campañas de Marruecos, el comandante Benzo, en 1930, apunta uno de los aspectos de esta problemática: “...punto de vista, tradicional en nuestro Ejército, de considerar el ascenso por méritos de guerra, más como premio a los riesgos y penalidades sufridas, que como reconocimiento de la capacidad profesional” (BLANCO ESCOLA, C.: *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Barcelona, Editorial Labor, 1989, p. 123). Hasta el general Primo de Rivera, en una comunicación con el general Sanjurjo en 1926, deja clara su posición con respecto a los “técnicos”: “Habrà que desoir en esta ocasión un poco el dictamen de los técnicos, que nunca quieren moverse sin tener cosida la última hebilla del atalaje del mulo del carro-cocina. La guerra es la guerra y la ocasión propicia vale más, muchas veces, que la previsión exagerada. Tú eres soldado “flamenco” y sabrás enterrar los libros y reglamentos en el momento preciso (SUEIRO SEOANE, S.: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la “Cuestión Marroquí”, 1923-1930*, UNED, 1993, pp. 322-323).

formación- y la deficiente presencia de topógrafos (Ingenieros), Artillería o Caballería<sup>24</sup>. Los movimientos de infantes estarían dominados por la búsqueda del enfrentamiento directo y por las cargas a la bayoneta, lo que evitaban permanentemente las fuerzas irregulares rifeñas. El Capitán de Infantería Román Bayo Ayala sería un excelente observador de los hombres a los que se enfrentarían los españoles en 1909, describiéndolos a la perfección en 1907 y caracterizándolos por la movilidad y por la concepción de la guerra de guerrillas que tan mal encajaba con la visión occidental del enfrentamiento militar honorable:

“Los rifeños, en general, son fuertes, ágiles y sobrios. Perfectos conocedores del país que habitan, se les ve trasladarse rápidamente de unos puntos á otros de sus montañas bordeando con seguridad inmensos precipicios, bajando terrenos casi cortados á pico por sendas que nadie podría distinguir y escalando alturas á las que parece que humanamente sería imposible llegar. (...) No podemos decir que sean valientes, pues sus venganzas las ejecutan siempre de una manera traicionera; la traición es la que determina con frecuencia el éxito de los combates que sostienen entre ellos y hemos visto muchos cabileños que por no batirse, abandonan sus casas y tierras al menor indicio de que el enemigo pueda aproximarse. (...) Son falsos é hipócritas y á pesar de la actitud humilde con que se presentan.”

Lo que explicaría la peligrosidad del enemigo sería su supuesto carácter traicionero y la ventaja que les daría la movilidad y el terreno en que se movían, remarcando esta última característica para desprestigiar las habilidades propias de los nativos y poner el énfasis en la orografía:

“Hoy en día es indudable que de los que mejor se batien de todo el Imperio son los rifeños, pero esto no se lo deben á otras enseñanzas que á

---

<sup>24</sup> El entrenamiento de la tropa española era más que deficiente y la explicación habría que buscarla en una doble vertiente, por un lado, debido al mínimo gasto que el Estado estaba dispuesto o podía tener en la formación de la recluta y, por otro lado, debido a la escasa formación que tenía la población española que era incluida en los reemplazos; las clases educadas y pertenecientes a las clases medias o altas escapaban del servicio militar por varias figuras legislativas.

las que el mismo terreno donde viven les ha proporcionado y ellos, con su gran espíritu de observación, han sabido aprovechar.”

Concluyendo el discurso con la aseveración de que los rifeños practican un tipo de guerra no occidental:

“No esperemos que nos presenten uno de esos combates de que tenemos formada idea en nuestros ejércitos (...) Los combates de los rifeños casi nunca serán ofensivos. Los encontramos siempre á la defensiva en aquellas posiciones que más le convengan. Pero en cambio nos prepararán cuantas emboscadas y sorpresas puedan y una cuadrilla de merodeadores seguirá de cerca á la columna en busca de cuanto quede en el suelo: provisiones, cartuchos y sobre todo el fusil de algún rezagado que pagará bien cara su pereza.”<sup>25</sup>

El militar español de principios del siglo XX, guiado por la centralidad de la idea de lo “heroico”, entendería la actitud de los rifeños como una muestra de cobardía debido a que sus tácticas bélicas se juzgaban desde una visión eurocéntrica de la guerra. La tendencia heroica de los combatientes españoles en Marruecos estaría catalizada por la necesidad de “limpiar” el supuesto deshonor de lo que consideraban una humillante derrota en Ultramar, llegando a extremos que se han calificado como de comportamientos “suicidas”<sup>26</sup>. Un observador extranjero en la Campaña de 1909 escribiría:

“El oficial debe cubrirse, enseñando a la tropa los puntos de apoyo para continuar el avance... (no debe marchar) suicidamente a la muerte comprometiendo a las fuerzas puestas bajo su mando.”<sup>27</sup>

<sup>25</sup> BAYO AYALA, R.: *El combate en el Rif*, 1907. Reproducido en GALLEGO RAMOS, E.: *La Campaña del Rif de 1909*, pp. 84-88.

<sup>26</sup> Un crítico con los *africanistas* calificará este tipo de comportamientos como de “*inercia suicida de una oficialidad mediocre*”. BLANCO ESCOLÁ, C.: *La Academia General Militar de Zaragoza*, p. 120

<sup>27</sup> General TORCY: *Los españoles en Marruecos en 1909*, Madrid, 1911, p. 202. Reproducido en GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: *La configuración de la mentalidad militar...*, p. 355. Este tipo de comportamiento entre los militares españoles persistiría en el tiempo hasta, al menos, el desastre de Annual en 1921, cuando el general Silvestre cargaría con su estado mayor dejando a todos los hombres a su mando sin la cúpula de dirección en medio de una difícil retirada; la muerte de Silvestre es un episodio controvertido y lo dicho corresponde a una de las versiones de dicho suceso. Similar caso aunque con distinto final, satisfactorio para las fuerzas españolas, se dio en el episodio de la carga de caballería del general Cavalcanti en Tizza, que se expuso a dejar sin su responsable a las fuerzas del convoy español.

El comentario de este militar francés estaba motivado por la tendencia de los mandos españoles a la “muerte heroica” para demostrar su valentía, independientemente de que dicha actitud fuese la más conveniente. Este comportamiento que no era marginal en la milicia. Atendiendo a las condecoraciones y las menciones otorgadas en las Campañas de Marruecos se evidencia la tendencia a premiar los actos de valor, que no tendrían porqué ser los de eficacia militar. Muchas veces se corrían riesgos innecesarios por perpetuar un tipo de conducta considerado como heroico pero que desde el punto de vista de la estrategia o la táctica militar no tenía porqué ser pertinente<sup>28</sup>. Por ello, fue la Infantería y, en menor medida, la Caballería los elementos más premiados en las guerras coloniales de Marruecos puesto que las labores en retaguardia, independientemente de su eficacia o su importancia, no eran consideradas dentro de la escala de valores del “modelo heroico” de ejército que se tenía en España y que defendían las Armas Generales.

Así fue como se llegó a los acontecimientos del verano de 1909, cuando un grupo de cabileños dio muerte a unos obreros españoles que trabajaban en la construcción del ferrocarril minero, el 9 de julio; motivo por el cual España obtendría el pretexto de intervención militar en la zona coincidiendo con la presión que los franceses estaban ejerciendo en sus respectivas esferas de influencia en Marruecos<sup>29</sup>. El Capitán de Ingenieros Gallego Ramos, bajo las órdenes directas del General Marina en la Campaña de 1909, deja clara la situación:

“El compromiso solemne, contraído ante el mundo por nuestra Nación al firmar el tratado franco-español de 3 de Octubre de 1904, corolario imprescindible del franco-inglés de 8 de Abril del propio año (...) el acta de Algeciras de 1906, (...), han sido en realidad los verdaderos orígenes de la campaña que acabamos de sostener en el Rif, aunque la iniciación de ésta se fundamente en el castigo forzoso de imponer á los cabileños

<sup>28</sup> “El ejército de Marruecos parecía creer más en un ataque brillante que en la paciente y metódica logística. La ideología dominante se apoyaba más en un concepto caballeresco y medieval de la guerra que en un criterio moderno de la eficacia. En el fondo, muchos oficiales de tropas de choque despreciaban a sus compañeros de Estado Mayor y hacían gala de antiintelectualismo”. Tomado de CARDONA, G.: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI, Madrid, 1983, p. 36.

<sup>29</sup> Una exhaustiva descripción del desarrollo militar de la Campaña de Melilla de 1909 se encuentra en MUÑOZ BOLAÑOS, R.: “La Campaña de 1909”, en MESA, J. L. de, LÁZARO, C., NUÑOZ, R. y NÚÑEZ, J.: *Las Campañas de Marruecos. 1909-1927*, Madrid, Almena, 2001.

que, el 9 de Julio último, dieron muerte alevosa á seis obreros españoles, en las inmediaciones de Melilla»<sup>30</sup>

En esta operación que pretendía ser de “policía” y que tenía como finalidad imponer un correctivo a los nativos adyacentes a Melilla y comenzar a crear un *hinterland* alrededor de esta plaza, los españoles se encontraron con unos contingentes de combatientes irregulares rifeños que presentaron una resistencia de muy limitado radio de actuación, geográfico y tribal, que se basaba en la cuestión religiosa; es decir, era una oposición al cristiano por medio de la declaración de la Yihad a través de algún “santón” regional<sup>31</sup>; el mismo General Marina describió la situación a mediados de julio de 1909:

“Las predicaciones a la guerra santa contra los cristianos han encontrado eco en las cabilas del Rif y todas se aprestan a enviar contingentes a la harca, que hoy cuenta con 5.000 hombres (...) Aunque mal armados, les une el odio común y la codicia del botín que ambicionan, y éste les lleva a actos de guerrera audacia”<sup>32</sup>

La desaparición del caudillo tribal *El Roghi*, teórico pretendiente al trono del Sultanato y señor fáctico de los territorios cercanos a Melilla, hizo que la tradicional

<sup>30</sup> Cursiva en el original. Tomado de GALLEGO RAMOS, E.: *La Campaña del Rif de 1909*, p. 17.

<sup>31</sup> Los “santones” a los que nos referimos forman parte de una curiosa especificidad religiosa, presente en algunas “áreas tribales” del norte del Magreb: el Morabitismo o Marabutismo. Es una corriente mística y heterodoxa considerada como desviación de la gran línea islámica del *Sunnismo* y que se suele relacionar con la etnia berebere. Su especificidad básica es la presencia de una serie de personas que actuarían como sujetos intermedios entre *Allah* y la comunidad de creyentes, la *Umma*, y que suelen estar imbuidos en un aura mágico, proveniente de su ascendencia (familias de “santones” o alguna línea entroncada con el mismo Profeta) o de sus capacidades milagrosas, generalmente asociadas a la curación. El peso de estos personajes en las comunidades tribales bereberes suele ser muy destacado y es habitual la asunción de poder religioso, sanador y político en la misma persona. El culto a los morabitos se practica a través de “cofradías”, *Tariqas*, que tenían un fuerte poder socio-económico. Ver con carácter general: GEERTZ, C.: *Observando el Islam. El desarrollo religioso en Marruecos y en Indonesia*, Barcelona, Paidós, 1994; GELLNER, E.: *La sociedad musulmana*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1986; LEWIS, B.: “Raza y color en el Islam”, *Al-Andalus*, Madrid, volumen XXXIII, 1968 y *The Muslim Discovery of Europe*, Londres, G. Weidenfeld & N. Ltd. 1982; y LEWIS, I. M.: *Ecstatic religion. A study of Shamanish and spirit possession*, Londres, Routledge, 1989. Ver con carácter específico de Marruecos: MATEO DIESTE, J. L.: *El “moro” entre los primitivos. El caso del Protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Fundación La Caixa, 1997, pp. 135-146; y SALAS LARRAZÁBAL, R.: *El Protectorado de España en Marruecos*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 25, 80-93.

<sup>32</sup> Reproducido en MADARIAGA, M. R. de: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Málaga, La Biblioteca de Melilla, 1999, p. 279.

descomposición de poderes en las regiones montañosas del norte de Marruecos volviese a su apogeo y algunos de ellos se opusieron firmemente a la presencia de cristianos en lo que consideraban tierra del Islam, desencadenando la Campaña de 1909<sup>33</sup>. En ella, las tácticas rifeñas, anteriormente descritas por el Capitán Bayo Ayala, harían verdaderos estragos ante unas fuerzas expedicionarias españolas no preparadas para ese tipo de guerra y dirigidas por una oficialidad tendente al “heroísmo viril”<sup>34</sup>. El Coronel Álvarez Cabrera, ante el hostigamiento de irregulares rifeños dijo: “¡Seguidme si sois hombres!”, cargando con los soldados bajo su mando contra una posición en altura desde la que estaban siendo hostigados y a la que no pudieron ni acercarse; el coronel español murió en la acción junto con más de una veintena de soldados españoles. Hubo unos doscientos treinta heridos. Este fue el preámbulo del conocido *Desastre del Barranco del Lobo* y su explicación ilustra lo que pasaría en este último: Álvarez Cabrera dirigió, por iniciativa propia, una expedición nocturna en el transcurso de la cual acabaría perdiéndose y aparecería en una barrancada batida por francotiradores enemigos que dominaban las posiciones cercanas; el desconocimiento del terreno, la imprudencia de la marcha nocturna y la reacción ante el acoso de tiradores enemigos produjeron la primera derrota seria de la campaña.

El 27 de julio de 1909 se ordenó al General Pintos que marchara a vigilar las estribaciones nororientales del Gurugú, monte estratégico desde el que se controla el Campo Exterior de Melilla pero que no constituye una amenaza tangible para los intereses españoles del momento por la ausencia de artillería entre los nativos y la consiguiente incapacidad de bombardeo de la plaza. Durante el transcurso de la operación y con el destacamento español internándose en el Barranco del Lobo, tiradores indígenas desde las alturas les hostigaron y les obligarían a la retirada que se realizó sin cobertura de artillería, con lo que la intensidad del fuego sobre el grupo

---

<sup>33</sup> Ver BALFOUR, S.: *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*, pp. 41-49.

<sup>34</sup> Aunque hablemos de rifeños, siguiendo las denominaciones que se les daba en el momento, en realidad se tratarían de tribus de la región de Guelaya. El Rif sería la zona montañosa que comienza entre los ríos Kert y Mekrán, aunque este tipo de divisiones serían complicadas por el mosaico tribal que se encuentra en la región.

español no disminuía y las bajas fueron más que considerables<sup>35</sup>: el general Pintos, cinco jefes, dieciséis oficiales y doscientos soldados, según aproximaciones serían los muertos, a los que habría que sumar hasta un máximo de mil bajas (heridos o desaparecidos)<sup>36</sup>. Así fue como comenzó la “escalada militar” española en Marruecos, a través de una derrota deshonrosa que afectaría tanto a la nación como al custodio de la misma, el ejército, y que habría de ser limpiada con la sangre de los ofensores<sup>37</sup>. *La Correspondencia Militar*, altavoz de muchos de los planteamientos castrenses del momento, señalaba el 22 de octubre de 1909 como valoración de toda la crisis gubernamental desatada por la Campaña de Melilla y el Desastre del Barranco del Lobo:

“Allí [Marruecos] se hallan empeñados el prestigio del Ejército, la dignidad y el porvenir de la Patria.”<sup>38</sup>

El 17 de diciembre de 1909 el General Marina daría por finalizada la Campaña tras una serie de escaramuzas de escasa importancia militar, pero con un alto costo material y humano para una pequeña potencia como España que no obtuvo grandes ventajas de su victoria bélica sobre los cabileños por estar sometida a la presión

---

<sup>35</sup> El general Francisco Franco, buen conocedor de la guerra colonial en Marruecos, escribió, durante las primeras operaciones de la guerra del Rif (1922), la forma adecuada de replegarse en aquél tipo de teatro de operaciones y ante aquella clase de combatientes: habría que “bondar la retirada”, es decir, en un movimiento rápido de repliegue se ha de barrer el punto de cierre de la unidad en marcha para que el enemigo no se pueda acercar. Incluso aconsejaba la siguiente práctica que tenía la misma finalidad de impedir el acercamiento del enemigo a las tropas en retirada: “Si el enemigo está tan próximo y el terreno puede favorecer su avance, entonces es preciso simular la retirada esperándole con serenidad que llegue a pocos metros, hacerle unas descargas y aprovechar la segura huida para replegarse, en la seguridad que no se echará encima nuevamente; pero para esto hace falta que la moral de las tropas sea muy elevada.” La comparación entre estas actuaciones “ideales” con lo sucedido en el Barranco del Lobo habla por sí mismo. Referencias extraídas de FRANCO, F.: *Marruecos. Diario de una Bandera*, p. 145, 194-196.

<sup>36</sup> BACHOUD, A.: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Espasa Calpe, Madrid, 1988, p. 48; y LA PORTE, P.: *La atracción del Imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 44.

<sup>37</sup> El concepto de “escala militar” se refiere al periodo temporal posterior al fracaso de los intentos de colonización de carácter “civilista”, encarnados en las Sociedades Geográficas, que fueron relevados por los de naturaleza castrense; este periodo se abriría en 1909 y entraría en una nueva fase en 1912 con el Protectorado. Dicha expresión fue acuñada por Víctor Morales. Ver MORALES LEZCANO, V.: “El africanismo español: 1860-1975”, en *Les Elites Espagnoles a l’époque contemporaine*, Cahiers de l’Université, 1982, p. 160, y *El colonialismo hispano-francés en Marruecos, 1898-1927*, Granada, Universidad de Granada, 2002.

<sup>38</sup> Reproducido en SCHULZE SCHNEIDER, I.: *La prensa político-militar en el reinado de Alfonso XIII*, p. 131.

internacional franco-británica<sup>39</sup>. Esta actuación de limitado alcance militar tuvo unas importantes consecuencias político-sociales en la metrópoli provocando una crisis gubernamental, un motín-revolución social como fue la llamada Semana Trágica de Barcelona y marcó el comienzo de la escalada militar en lo que sería el Protectorado español (surgido de los acuerdos de 1912) de donde surgiría una clase militar colonial con identidad propia: el *africanismo* que tanto influyó en la historia española posterior.

---

<sup>39</sup> Se estima que hubo unas tres mil bajas para ocupar unos trescientos kilómetros cuadrados. Ver MAS CHAO, A.: *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)*, Madrid, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1988, p. 25.